

## DE LA INTEGRACIÓN ADAPTATIVA AL BLOQUEO EN TIEMPOS DE CRISIS. PREOCUPACIONES Y DEMANDAS DE LOS JÓVENES

JORGE BENEDICTO Y MARÍA LUZ MORÁN\*

### 1. INTRODUCCIÓN

Todo lo relacionado con la juventud ha alcanzado una notable notoriedad social y política a comienzos de la segunda década del siglo XXI. En gran medida, ello se debe a la preocupación por las dificultades laborales de muchos jóvenes, pero también a la sorpresa que ha suscitado su protagonismo en el espacio público. Al igual que en otros países de nuestro entorno, aunque con mayor intensidad, la crisis económica en España se ha cebado especialmente con las nuevas generaciones, que se enfrentan a tasas de desempleo dramáticas, a crecientes dificultades para culminar sus transiciones a la vida adulta y, en último término, al deterioro de su posición social relativa. Al calor de la crisis, los jóvenes han empezado a dar muestras de espíritu crítico y capacidad de movilización. Todos los acontecimientos que se han sucedido alrededor del movimiento del 15-M han servido para construir una nueva imagen de la juventud española, muy distinta a la predominante hasta entonces. El estereotipo de unos jóvenes individualistas, despreocupados por las cuestiones colectivas y solo pendientes del disfrute inmediato ha sido sustituido por la imagen de una juventud

crítica con la realidad en la que vive, capaz de expresar su descontento o indignación y, sobre todo, interesada por lo que pasa a su alrededor. Evidentemente, ninguna de las dos imágenes es totalmente cierta, aunque ambas tengan ciertas dosis de realidad.

La etapa de bonanza económica, que ya venía despuntando desde finales de la década anterior, pero que eclosionó con toda su intensidad a partir de 2002-2003, trajo consigo no solo un crecimiento económico y una mejora relativa en el nivel de vida, sino sobre todo una sensación de prosperidad, a veces ilimitada, que ocultó las contradicciones económicas, sociales y políticas sobre las que se asentaba este ciclo económico. Estas se hicieron especialmente intensas entre las nuevas generaciones, que trataron de adaptarse mediante estrategias individuales a un entorno que parecía ofrecer múltiples posibilidades de integración pero que, al tiempo, restringía sus opciones de emancipación familiar y construcción de una verdadera autonomía. La crisis que comenzó en 2008 —y que aún hoy no sabemos cuándo ni cómo puede acabar— ha dejado al descubierto muchas de estas paradojas y nuevos problemas a los que tienen que hacer frente los jóvenes. De la necesidad de adaptarse, cada uno con sus posibilidades y recursos, a una situación con un elevado ritmo de cambio, se ha pasado a la frustración colectiva por la incapacidad de la sociedad para cumplir las promesas de éxito en que se habían socializado estas nuevas generaciones.

Aunque en los años centrales de la pasada década proliferaron los diagnósticos optimistas sobre la realidad juvenil (apenas empañados por unos datos que evidenciaban la persistencia de dificultades para alcanzar la independencia económica y residencial), el análisis retrospectivo permite afirmar que en este tiempo se produjo un aumento significativo de la vulnerabilidad de los jóvenes en la sociedad española, entendida esta como incremento de los riesgos a los que se enfrentan como consecuencia de las contradicciones en las que están inmersos y la posición subordinada que ocupan. Ello explicaría, una vez

que el contexto cambia radicalmente, el sentimiento de frustración de expectativas hoy predominante entre muchos jóvenes y las dificultades que siguen encontrado para articular y traducir políticamente sus demandas, a pesar de que los recientes acontecimientos de movilización colectiva parecerían indicar lo contrario.

El propósito de estas páginas es, partiendo de la posición que hoy ocupan los jóvenes en la sociedad española, proporcionar algunas claves que nos permitan entender cómo hemos llegado a la situación actual de frustración y bloqueo de expectativas, qué factores la explican y cuáles son las contradicciones a las que se enfrentan. Con este fin, comenzaremos tomando en consideración los principales cambios que se han producido en la situación de los jóvenes españoles a lo largo de la primera década del siglo XXI. A continuación, veremos cuáles han sido sus preocupaciones y problemas más relevantes, prestando una especial atención al modo en que vinculan las cuestiones estrictamente individuales con los problemas colectivos. Este paso es un requisito imprescindible para que se produzca la politización de sus demandas, el tema al que estará dedicado el siguiente apartado de nuestro trabajo. Por último, trataremos de mostrar la relación entre los procesos de politización de los jóvenes y la construcción de una ciudadanía, sin duda débil, pero que se expresa de formas diversas, algunas de las cuales han dado lugar a formas específicas de ciudadanía activa.

Pero antes de entrar en materia conviene recordar de manera breve tres cuestiones centrales para entender la realidad sociopolítica de la juventud. En primer lugar, la situación de los jóvenes en España dista mucho de ser homogénea, por lo que es imperativo hablar de ellos siempre en plural. Sus transiciones a la vida adulta siguen marcadas por los principales factores de desigualdad socioeconómica (clase social de origen, nivel educativo, sexo, origen étnico...), que condicionan sus oportunidades y recursos.

En segundo lugar, la prolongación de la juventud, entendida como periodo de semidependencia, y la proliferación de los

itinerarios hacia la vida adulta se han convertido en un fenómeno común en el mundo occidental, lo que explica que las transiciones no solo duren más tiempo, sino que sus resultados cada vez sean más inciertos. En el caso español, esta situación se complica debido a una serie de especificidades como la histórica debilidad del mercado de trabajo para integrar a los jóvenes, la carestía de la vivienda, la escasa movilidad geográfica o el papel protector asumido por las familias en correspondencia con la limitación de las políticas públicas dirigidas a favorecer la emancipación familiar. El resultado es una emancipación más tardía, una mayor dependencia familiar y una evidente dificultad para construir la autonomía personal.

Por último, las transiciones juveniles son un periodo particularmente significativo para la adquisición de sus capacidades cívicas, para el desarrollo de sus identidades colectivas y, en suma, para su constitución como sujetos políticos. Por ello, las formas en las que expresan sus demandas constituyen un elemento importante para evaluar su papel en la vida democrática; en definitiva, para entender el modo en el que se convierten en ciudadanos plenos (Benedicto y Morán, 2003).

## 2. LA SITUACIÓN SOCIAL DE LOS JÓVENES A COMIENZOS DEL SIGLO XXI

El contexto en el que han tenido lugar todos los fenómenos a los que dedicaremos las próximas páginas está marcado por un profundo cambio demográfico. Para expresarlo en pocas palabras, vamos a hablar de unos jóvenes (16-29 años) que viven en una sociedad cada vez más envejecida, puesto que en el año 2000 suponían el 22,7% del total de la población, el 21,48% en 2004, y solo el 17,24% en 2011. Esta pérdida de peso demográfico es uno de los factores que explica la menor relevancia social y política de los jóvenes españoles, que han dejado de ser un objetivo prioritario del diseño de políticas públicas y de los discursos de las organizaciones políticas. Otro segundo aspecto

muy apreciable ha sido el notable aumento de los jóvenes de origen extranjero, consecuencia del veloz crecimiento de los flujos de inmigrantes, en los que los jóvenes suponían casi un tercio del total. Pero más allá de estos datos generales hay que detenerse en los cambios que se han producido en las principales facetas de su situación social durante esta última década. En concreto, repasaremos brevemente su nivel educativo, su posición en el mercado de trabajo y, finalmente, sus procesos de emancipación familiar.

Para empezar, hablar de la educación de los jóvenes en España implica tomar en cuenta algunos factores de contexto. Ante todo, debido a los cambios demográficos pero también a causa de la prosperidad económica, el sistema educativo español sufrió una fuerte reducción de estudiantes en la educación postobligatoria, que se prolongó hasta finales de la década. En segundo lugar, aumentó considerablemente la presencia de jóvenes de origen inmigrante, muy en particular en la ESO y en la educación secundaria postobligatoria. Por último, los recursos económicos destinados a la educación crecieron en términos absolutos en el periodo, aunque ello apenas se reflejó en un mayor porcentaje del PIB dedicado a este fin y siempre estuvieron por debajo de la media de los países de la UE.

Pero, sin duda, el principal problema de nuestro sistema educativo, entonces y ahora, ha sido el alto nivel de abandono escolar prematuro; es decir, los elevados porcentajes de jóvenes entre 18 y 24 años que no terminaban la ESO y no seguían ningún tipo de educación formal. Este grupo suponía en torno a casi un tercio de los jóvenes, frente a los porcentajes considerablemente inferiores de los países europeos en los que, además, se observó una tendencia decreciente. Por el contrario, en España estos altos niveles se mantuvieron o incluso aumentaron en los años centrales de la década. Según los datos de Eurostat, si en el año 2000 superábamos en 11,5 puntos porcentuales la media europea de abandono educativo temprano, en 2010 esta diferencia había aumentado hasta los 14,3 puntos (véase tabla 1).

TABLA 1  
ABANDONO EDUCATIVO TEMPRANO

		2000	2002	2004	2006	2008	2010
Total	EU (27)	17.6	17.0	16.1	15.5	14.9	14.1
	España	29.1	30.7	32.0	30.5	31.9	28.4
Hombres	EU (27)	19.6	19.1	18.4	17.6	16.9	16.0
	España	35.0	36.8	38.7	36.7	38.0	33.5
Mujeres	EU (27)	15.5	14.9	13.8	13.4	12.9	12.2
	España	23.2	24.2	25.1	24.0	25.7	23.1

NOTA: PORCENTAJE DE LA POBLACIÓN ENTRE 18 Y 24 AÑOS QUE CARECE DE TÍTULO DE EDUCACIÓN SECUNDARIA Y QUE HA ABANDONADO EL SISTEMA EDUCATIVO.  
FUENTE: EUROSTAT.

En buena medida como consecuencia de este elevado abandono de las aulas, todos los estudios realizados a lo largo de estos años destacaron el bajo nivel educativo general de los jóvenes en España. Se trata de un factor que, como veremos, influyó enormemente en los procesos de inserción laboral. En definitiva, en el año 2008 la mitad (49,7%) solo tenía el nivel de la ESO o uno inferior, lo que suponía la persistencia de un importante factor de vulnerabilidad en sus transiciones a la edad adulta. La clase social de origen y el sexo continuaron siendo los dos principales factores que explican las importantes diferencias de sus logros educativos.

En este panorama tan poco alentador, se produjo un cambio interesante en las aspiraciones educativas de los jóvenes. No solo aumentó su valoración de las titulaciones superiores, sino que quienes habían abandonado los estudios tendieron a incluir en sus planes de futuro cercano retomarlos. En cierto modo, aunque apreciar el éxito educativo seguía siendo un rasgo característico de los jóvenes de clase media y alta, pareció difundirse la asociación entre nivel educativo e inserción en el mercado de trabajo entre los "más desfavorecidos".

Si pasamos ahora a considerar el empleo, debemos advertir que, desde finales del siglo pasado, empezó a extenderse la preocupación por las condiciones en las que tenía lugar la incorporación al mercado de trabajo de las nuevas generaciones. En la

década de los ochenta, el gran problema habían sido los altísimos niveles de desempleo juvenil, pero en el cambio de siglo los problemas tuvieron más que ver con su elevada temporalidad y precariedad. La conocida dualidad generacional del mercado de trabajo español adquirió nuevos rasgos vinculados a las condiciones laborales y a la estabilidad en el puesto de trabajo.

A pesar del cambio de ciclo económico, los estudiosos continuaron reconociendo que la inserción juvenil en el mercado de trabajo constituía un proceso prolongado y muy complejo. En concreto, señalaron tres características: a) los jóvenes tenían más probabilidades de caer en el desempleo que los adultos; b) se movían con más rapidez entre situaciones de empleo, desempleo e inactividad que en décadas anteriores; y, finalmente, c) se habían producido cambios significativos en la vinculación entre el trabajo y la autonomía de los jóvenes, que habían dado lugar a transformaciones en el lugar que ocupa el trabajo en la concepción de sus propias vidas.

La evolución del empleo juvenil durante esta última década estuvo marcada por la reducción de efectivos demográficos en las cohortes juveniles, la incorporación significativa de jóvenes de origen inmigrante y el aumento considerable de la presencia de mujeres en el mundo laboral que supuso reducir en alguna medida la tradicional brecha de género del mercado laboral español (entre 1987 y 2007 la tasa de actividad de las mujeres jóvenes aumentó un 20,6%, mientras la de los varones solo lo hizo el 5,3%, según los datos de la EPA). Por lo que respecta al paro, aunque disminuyó entre 2000 y 2007, siguió siendo superior al del conjunto de la población activa. Además, fue más alto entre las mujeres jóvenes, quienes poseían menores niveles educativos y tenían menos edad. Estas pautas tradicionales de desigualdad se han mantenido inalterables a partir de 2008, cuando comenzó, una vez más, un vertiginoso aumento del desempleo en toda España, que afectó de manera especialmente grave a los más jóvenes y a los menos preparados (véase tabla 2).

TABLA 2  
TASAS DE PARO POR GRUPOS DE EDAD (2000-2010) (%)

		TOTAL		
		2000	2005	2010
UE (27)	De 15 a 19 años	19,6	23,7	26,1
	De 20 a 24 años	13,5	16,8	19,2
	De 25 a 29 años	8,1	10,9	12,5
España	De 15 a 19 años	23,9	55,9	61,4
	De 20 a 24 años	12,5	32,1	37,0
	De 25 a 29 años	7,6	20,4	25,2

FUENTE: INE. ENCUESTA DE FUERZA DE TRABAJO DE LA UE.

A lo largo de todo el periodo considerado, la inserción laboral de los jóvenes en España continuó marcada por la educación, el origen familiar y el sexo. No obstante, durante los años de crecimiento económico la transición entre la educación y el trabajo fue mucho más fácil y rápida que en etapas anteriores. Los jóvenes, incluido un número no despreciable de aquellos que proseguían sus estudios, tuvieron la oportunidad de iniciar sus primeras experiencias laborales. Como contrapartida, su incorporación al mundo del trabajo estuvo caracterizada de forma creciente por la precariedad, la temporalidad e informalidad y por un deterioro de las condiciones salariales.

En definitiva, en los años de bonanza los jóvenes comenzaron a trabajar antes; es decir, acabaron antes su periodo de formación o, simplemente, lo abandonaron. También tardaron menos tiempo en encontrar su primer empleo. Y, finalmente, dispusieron antes de ingresos para poder financiar sus gastos personales. Pero, al tiempo, su posición relativa en el mercado laboral empeoró; un fenómeno común en la mayoría de los países de la OCDE, pero especialmente acusado en el nuestro. En muchos casos, el trabajo no significó ya ni una realización personal, ni permitió la emancipación familiar, ni tampoco sentó las bases de la autonomía personal. La precariedad vital se convirtió, así, en una situación habitual para muchos jóvenes, especialmente entre los que se enfrentaban a una sucesión

de “trabajos basura”: los que poseían menos recursos y capacidades para salir del círculo vicioso de la temporalidad y el subempleo (Fortino *et al.*, 2012).

La tercera dimensión a tener en cuenta es la relativa a las pautas de emancipación familiar de los jóvenes. Durante esta última década, es posible hablar de persistencias significativas en el modo en que los jóvenes adquirieron su autonomía, de oportunidades abiertas en los años de prosperidad económica y, al tiempo, de nuevos obstáculos para su emancipación (Requena, 2006).

En congruencia con todo lo anterior, no puede extrañar que la clase social de origen haya seguido marcando diferencias muy claras en el modo y ritmos de la emancipación juvenil. Los procedentes de la clase media y alta, alentados en muchas ocasiones por sus propios progenitores, optaron por el retraso de su salida del hogar familiar como estrategia para aumentar el capital cultural disponible —y en ocasiones también el económico—, y disponer así de mayores recursos para lograr una buena integración social. Por contra, entre los jóvenes más desfavorecidos —incluyendo los de origen inmigrante—, el abandono temprano del hogar familiar fue mucho más frecuente, lo que acrecentó su riesgo de exclusión social. Aun así, en todos los grupos se mantuvieron las pautas tradicionales de emancipación familiar, marcadas por una salida del hogar familiar a edades más bien tardías, sobre todo en comparación con sus coetáneos de los países del norte y centro de Europa. Asimismo, el inicio de la convivencia en pareja siguió siendo el momento clave para su emancipación, lo que explica que las mujeres dejaran el hogar familiar a edades algo más tempranas que los varones. Aunque durante estos años aumentaron otras formas de emancipación —vivir solo/a, convivencia con amigos...— sus porcentajes estuvieron todavía muy por debajo de la media de los países europeos, con excepción de los mediterráneos.

En los años centrales de la década —entre 2004 y 2008—, la coyuntura económica favorable y la mayor facilidad de ingreso en el mercado de trabajo produjeron algunos cambios

significativos en las pautas de emancipación familiar. De acuerdo con los datos del Informe sobre la Juventud en España de 2008, el número de jóvenes adultos que vivía habitualmente en la casa paterna/materna era menor que unos años antes y la edad media de los que todavía seguían haciéndolo también había disminuido. Ello explicaba el descenso de la edad a la que se iniciaba la convivencia en pareja, y también a la que se tenía el primer hijo. En definitiva, aunque a considerable distancia de los jóvenes europeos, los españoles tendían a abandonar un poco antes el hogar familiar y a gozar de una mayor independencia económica.

Las expectativas que generaron las oportunidades de una mayor facilidad de incorporación al mercado laboral se vieron, sin embargo, frenadas por el surgimiento de nuevos obstáculos. El primero de ellos ya ha sido mencionado: el deterioro de sus condiciones de trabajo y, muy particularmente, de sus niveles de ingresos. Recordemos que fue a mediados de la década cuando se popularizó la expresión "mileurista" para designar al joven trabajador/a, en la mayor parte de las ocasiones con un contrato temporal, cuyo salario difícilmente bastaba para llevar una vida de adulto-autónomo. En segundo lugar, el alza vertiginosa del precio de la vivienda —en propiedad o en alquiler— se convirtió durante aquellos años en el impedimento por excelencia para hacer realidad los anhelos de emancipación de buena parte de los jóvenes.

Por consiguiente, la persistencia de algunos rasgos tradicionales en la construcción de su autonomía, unida al surgimiento de estas nuevas dificultades, explican que, en pleno crecimiento económico, se extendiera la percepción de que las expectativas de éxito que habían ido adquiriendo a lo largo de su infancia y primera juventud eran irrealizables en un mundo adulto cada vez más hostil. De ahí que buena parte de los análisis sobre la juventud en España siguieran insistiendo en las consecuencias negativas de la prolongación de situaciones de dependencia o semidependencia. Por un lado, se recalcó su impacto negativo en la estructura demográfica, en forma de

tasas de natalidad muy reducidas y, por otro, se señalaron los peligros de la dilación de las responsabilidades y derechos de ciudadanía plena entre los jóvenes, que podrían estar en el origen del conformismo, del desinterés y de la incapacidad para expresar sus demandas.

Disponemos todavía de pocos datos para evaluar el impacto de la actual crisis económica sobre las pautas de emancipación familiar de los jóvenes en España, pero no parece aventurado predecir que nos encontraremos con una vuelta a la situación anterior, caracterizada por el retraso de la edad de abandono del hogar familiar, y por unas cifras significativas de retorno de algunos de los que se habían independizado en años anteriores<sup>1</sup>. Posiblemente, también disminuirá su grado de independencia económica, por lo que, ante la persistente ausencia de políticas sociales en este terreno, la ayuda familiar seguirá siendo la red de seguridad imprescindible para muchos jóvenes.

### 3. LOS PROBLEMAS Y PREOCUPACIONES JUVENILES

El análisis de la situación social de los jóvenes durante esta primera década del siglo XXI evidencia la complejidad de los cambios que ha experimentado la juventud española en estos últimos años, provocados en buena medida por la evolución de la situación económica del país, pero también por la persistencia de ciertos rasgos tradicionales de las transiciones a la edad adulta. Tampoco debería olvidarse la convulsa situación política, sometida a un grado de crispación y polarización político-mediática sin parangón en nuestra corta historia democrática, que ha acentuado la desafección ciudadana hacia la política y los políticos. Este panorama sociopolítico altamente contradictorio fue el marco en el que la gente joven comenzó entonces a construir sus experiencias de vida colectiva, a percibir los problemas que les afectaban como jóvenes y como ciudadanos, y a formular sus demandas.

Los diferentes sondeos de opinión pública realizados periódicamente a los jóvenes españoles nos permiten acercarnos empíricamente a sus prioridades vitales<sup>2</sup>. Cuando se examinan estas fuentes, resulta evidente que los jóvenes conceden la máxima importancia a todos aquellos elementos que componen su esfera próxima, como la familia o los amigos. De acuerdo con todas las evidencias disponibles, la máxima prioridad la otorgan a las cuestiones sobre las que se asienta su bienestar personal, y que les proporcionan una seguridad emocional y vital imprescindible. Y por encima de todo la familia: ocho de cada diez jóvenes consideraban, por ejemplo, que la familia era muy importante en sus vidas y prácticamente la totalidad la calificaban de muy o bastante importante.

En un segundo nivel, se sitúan aspectos instrumentales para el bienestar individual como el trabajo, el tiempo libre, ganar dinero, los estudios o llevar una vida moral y digna. Aunque tradicionalmente el trabajo ha sido la cuestión más valorada en este segundo círculo de prioridades vitales, a lo largo de la década pareció ir perdiendo peso en beneficio de otras cuestiones como el tiempo libre y el ocio. Este resultado, fácilmente comprensible en los momentos de bonanza económica, no lo es en plena crisis económica, con altísimas tasas de paro juvenil y una enorme preocupación por el empleo. Hay que buscar otra interpretación menos coyuntural y más relacionada con los cambios que se están produciendo en la condición juvenil; es decir, en la forma de ser joven en las sociedades actuales. Todo apunta hacia la pérdida de centralidad del trabajo en la vida de los jóvenes; de ser el eje alrededor del cual se construye la identidad personal ha pasado a ser cada vez más un recurso instrumental para la construcción de la autonomía. Aun así, es necesario no infravalorar la importancia que tiene todo lo relacionado con el empleo y la independencia económica en el proceso de transición a la vida adulta, ya que sigue siendo un recurso clave que marca los itinerarios de tránsito de la mayoría de los jóvenes. Por último, no se puede dejar de mencionar la escasa importancia que los jóvenes conceden a la

religión y la política. Es de sobra conocida la progresiva pérdida de relevancia social, cuando no de rechazo, de este conjunto de temas, así como de las instituciones que las gestionan, pero no deja de sorprender la enorme distancia que se establece respecto a aquellas cuestiones individuales que sí se consideran significativas (prácticamente la mitad de los jóvenes no le daba ninguna importancia a la religión y a la política en su vida).

Pero ¿se plasman satisfactoriamente estas prioridades vitales en su experiencia cotidiana o constituyen un motivo de preocupación? Si una vez más acudimos a lo que dicen los jóvenes en los estudios de opinión<sup>3</sup>, podemos concluir que, en líneas generales, estaban y siguen estando satisfechos con la vida que llevan. Ahora bien, cuando se diferencia entre unos y otros aspectos, aparecen matices interesantes.

Nuevamente, los temas directamente relacionados con el ámbito de su vida privada son los que han proporcionado una mayor satisfacción; en especial la familia, aunque también los amigos. Por el contrario, las cuestiones más directamente vinculadas con su situación social, y que mayor incidencia tienen en sus procesos de transición, constituyeron los principales motivos de preocupación: la situación económica y el trabajo en primer lugar, y los estudios y la vivienda en un segundo nivel. Aunque la evolución de estos cuatro aspectos a lo largo de la década haya sido algo dispar, la insatisfacción que suscitan en todo momento es innegable.

El panorama resultante es el de una juventud en la que predominaba una satisfacción generalizada con su vida, especialmente con su mundo más próximo y cotidiano, unida a una cierta reserva sobre las circunstancias en las que se desarrollaban sus procesos de transición. Cómo vivieron y experimentaron sus protagonistas esta mezcla de contento y desazón determinó, en buena medida, su posición frente a su entorno y la propia imagen que les identificaba. Respecto a esta última cuestión, es significativo que los jóvenes españoles se hayan considerado, desde mediados de la década de los noventa, cada vez menos independientes, apenas sin grandes diferencias

entre diferentes subgrupos de jóvenes. La amplitud y progresión de esta tendencia están relacionadas con la creciente sensación de que aumentaban los obstáculos para poder tomar decisiones y gestionar sus proyectos vitales de una forma autónoma, más allá de cómo evolucionara la coyuntura económica. Tampoco habría que desechar el contraste entre la creciente importancia que se concedía a la autonomía en todos los ámbitos de la vida juvenil y una acusada experiencia de lo costoso que resultaba construir esos espacios de vida independiente (Morán, 2009).

Todas estas preocupaciones cobran verdadera relevancia cuando pasan de considerarse como un asunto puramente particular a entenderse como cuestiones públicas con una dimensión colectiva, que generan descontento o quejas, y que exigirían algún tipo de respuesta por parte de los poderes públicos o de otros actores responsables. En buena medida, la formulación de un fenómeno como problema social es el primer paso del complejo proceso de politización de demandas que permite que los individuos se conviertan en sujetos políticos, esto es en ciudadanos. Se trata de un proceso en el que influyen decisivamente las experiencias y condiciones de vida individuales y grupales, así como la construcción y “enmarcado” de los problemas que llevan a cabo los grupos de referencia, especialmente los medios de comunicación. En este sentido, es lógico que las percepciones de los jóvenes sobre los que consideraban principales problemas del conjunto de la sociedad presenten algunas divergencias notables respecto a las cuestiones específicamente juveniles (véase tabla 3).

En su opinión, el paro era el principal problema de la sociedad española. A lo largo de toda la década, incluso en los años en los que las tasas de paro juvenil fueron extraordinariamente bajas, el desempleo constituyó el principal problema general y personal, a gran distancia del resto de todos los demás. Con toda seguridad, la agudización de la crisis económica y los problemas del trabajo derivados de la misma han dado lugar a que todo lo que tenga que ver con el empleo, y

sobre todo con la falta del mismo, siga ocupando el primer lugar entre los problemas percibidos.

En una línea similar se ha movido la referencia a los problemas económicos; presentes entre los temas más importantes en el plano personal, hacia el final de la década también aparecieron como una cuestión socialmente relevante. Esta insistencia refuerza una constatación antes apuntada: la evolución de la coyuntura económica no determina de manera directa las experiencias de los procesos de transición juvenil, que discurren por lógicas mucho más complejas. Esto justificaría que, incluso en época de bonanza económica —entre 2002 y 2005—, con una sensible disminución de los obstáculos para ingresar en el mercado laboral y una sensación de creciente prosperidad, siguieran refiriéndose a los problemas económicos como uno de los temas que más les inquietaban.

En definitiva, tanto para los jóvenes como para el conjunto de los españoles, el paro y las cuestiones económicas constituyeron, al menos desde mediados de los años noventa, dos de los problemas sociales más relevantes. Al tiempo, la vivienda surgió, fundamentalmente entre los jóvenes, como un problema concreto y una nueva fuente de preocupación. Nos hemos referido ya a cómo las dificultades de acceso a la misma se convirtieron entonces en uno de los principales problemas individuales de los jóvenes, pero, unos años después, pasaron a identificarlo también como uno de los grandes problemas de la sociedad en su conjunto. Lo más llamativo es que este tema apenas causaba preocupación a principios de los años 2000, ni personal ni colectivamente. Esta evolución parecería indicar una progresiva toma de conciencia por su parte de que el crecimiento económico y los beneficios que del mismo se podían derivar no solo no se traducían en mayores oportunidades de emancipación, sino que generaban nuevos obstáculos a superar para poder llevar adelante sus proyectos de autonomía. Las movilizaciones sociales que empezaron a producirse a partir de 2005, promovidas por la plataforma “Por una vivienda digna”, apuntan en la misma dirección. El tema de la vivienda acabó,

así, transformándose en un problema de la sociedad española al que las autoridades deberían dar una respuesta; es decir, en una demanda política, vinculada mayoritaria, pero no exclusivamente, con el colectivo juvenil.

TABLA 3  
PRINCIPALES PROBLEMAS PERCIBIDOS POR LOS JÓVENES

	PROBLEMAS GENERALES			PROBLEMAS PERSONALES		
	2002	2005	2008	2002	2005	2008
1º	Paro (41%)	Paro (35%)	Paro (27%)	Paro (44%)	Paro (34%)	Vivienda (33%)
2º	Terrorismo (33%)	Terrorismo (27%)	Vivienda (27%)	Estudios (16%)	Vivienda (22%)	Paro (27%)
3º	Drogas (28%)	Vivienda (15%)	Problemas económicos (18%)	Drogas (10%)	Problemas económicos (11%)	Problemas económicos (20%)
4º	Inmigración (9%)	Drogas (11%)	Inmigración (13%)	Problemas económicos (10%)	Estudios (11%)	Estudios (10%)

FUENTE: ESTUDIOS INJUVE: MARZO 2002, MARZO 2005, FEBRERO 2008. ELABORACIÓN PROPIA.

#### 4. LOS OBSTÁCULOS PARA LA POLITIZACIÓN DE LAS DEMANDAS JUVENILES

En los apartados anteriores hemos comprobado cómo, a pesar de que los cambios socioeconómicos, culturales e ideológicos de estos años pasados crearon la impresión de que entre las nuevas generaciones primaba la capacidad individual de orientar sus propias vidas, las grandes contradicciones asociadas a estas transformaciones dificultaron los procesos de autonomía juvenil. Y así lo percibieron los propios jóvenes, al insistir en la preocupación que les suscitaban, incluso en los momentos de mayor prosperidad, aquellas cuestiones de índole socioeconómica que se habían convertido en los grandes obstáculos para culminar con éxito sus itinerarios de transición.

A través de los medios de comunicación, distintos actores dieron cuenta repetidamente de estos problemas juveniles,

pero en muy escasas ocasiones llegaron a convertirse en demandas colectivas de unos jóvenes activos y protagonistas. En distintas investigaciones, hemos comprobado que la mayoría de los jóvenes se quejaba por la situación del empleo o de la vivienda, por citar los temas más repetidos, y consideraba que se trataba de problemas comunes que exigían una respuesta de los poderes públicos. Pero también se observaban las enormes dificultades para articular discursos que plantearan vías de solución, o propusieran formas de acción colectiva para presionar a las autoridades en un sentido u otro.

En otras palabras, el proceso de politización de las demandas entre los jóvenes se revela ciertamente limitado, en tanto en cuanto la mayor parte de las veces se detiene en aquello que el análisis de marcos denomina la etapa del diagnóstico. Es decir, logran formular y plantear de forma genérica el problema que les afecta, pero no llegan a construir un marco interpretativo de la situación en el que ellos mismos aparezcan como actores relevantes en su resolución. A esta situación hay que añadir que la construcción social de los problemas juveniles ha tenido lugar en sectores e instituciones en los que los jóvenes no ocupan lugares relevantes y, por consiguiente, no pueden influir decisivamente ni en su formulación, ni en los cursos de la acción. En definitiva, los jóvenes no se han considerado protagonistas de la definición y solución de sus problemas, sino más bien víctimas de las decisiones de otros, lo que ha legitimado las estrategias individuales en detrimento de las acciones colectivas reivindicativas. En estos años, cuando los jóvenes expresaron públicamente sus demandas lo hicieron desde posiciones de debilidad y carentes de eficacia, lo que justifica, o por lo menos permite comprender, que en la mayor parte de las ocasiones optaran por situarse al margen de la vida colectiva.

Entre los factores que ayudan a explicar la débil politización de las demandas juveniles y el escaso protagonismo de los jóvenes en la vida colectiva, debemos referirnos al contexto político cultural de desafección y desconfianza en el que se mueven los ciudadanos de las sociedades democráticas

contemporáneas y, en particular, las nuevas generaciones. En efecto, ambos fenómenos se han convertido en las últimas décadas en un rasgo estructural de las democracias, que está teniendo claras repercusiones en muy diversos terrenos, pero que se deja sentir especialmente en la vinculación de los ciudadanos con la esfera política, con sus instituciones y, especialmente, con los responsables más directos de su gestión. No solo ha descendido el interés hacia la política, sino que el grado de receptividad atribuido a los políticos respecto a los problemas y preocupaciones de los ciudadanos se sitúa en niveles muy reducidos, lo que justifica las crecientes actitudes de apatía, cinismo y distanciamiento cognitivo de un electorado paradójicamente cada vez mejor formado.

Pues bien, esta situación de crisis del sistema sociopolítico se acentúa aún más en las jóvenes generaciones. Por una parte, asumen el ambiente de desconfianza y desafección como un dato de contexto que impregna sus opiniones, actitudes y comportamientos, diluye sus identidades y refuerza un creciente individualismo. Ello les diferencia de las generaciones de sus padres, cuyos aprendizajes políticos se desarrollaron en un entorno de identidades político-ideológicas mucho más establecidas. Por otra parte, tampoco puede olvidarse el contexto de progresiva desinstitucionalización de las sociedades actuales, en el que las instancias tradicionales de socialización encuentran muchas dificultades para transmitir valores, códigos y patrones de comportamiento a los más jóvenes, alimentando la incertidumbre y precariedad características de la actual vida juvenil. Finalmente, otro elemento a tener en cuenta es la pérdida de centralidad de las instituciones políticas en la vida social, lo que trae consigo que la política y los significados que allí se negocian dejen de ser relevantes para una gran mayoría de los individuos, especialmente para los de menor edad (Spannring *et al.*, 2008).

Junto a estos factores de carácter estructural que afectan necesariamente a los jóvenes españoles, también hay una serie de elementos propios de nuestra cultura política que los

singularizan y distancian respecto a sus coetáneos de otros países. Por ejemplo, en bastantes ocasiones se ha insistido en el elevado desinterés que manifiestan respecto a la política, en comparación con otros países europeos. No obstante, es posible que estos datos revelen no tanto un falta de interés respecto a la dimensión política de la vida colectiva, sino un rechazo y alejamiento de la política institucional. Y es que si algo caracteriza las actitudes políticas de los jóvenes españoles es la extrema desconfianza que muestran hacia los políticos y las instituciones políticas. Así, por ejemplo, en un sondeo realizado en 2009 por el INJUVE, el 82% de los jóvenes entre 15 y 29 años estaba de acuerdo con la afirmación de que “los políticos no se preocupan mucho de lo que piensa la gente como yo”. Más recientemente, en 2011, en otro sondeo similar quedaba clara la escasísima confianza que suscitaban los partidos políticos entre la población joven; estos obtuvieron una puntuación media de 3,11 sobre 10 en una escala de confianza institucional, siendo el cero la puntuación más repetida entre los entrevistados.

Otro elemento a tener en cuenta es la posición subordinada que ocupan los ciudadanos en la cultura política predominante en nuestra democracia. La persistente huella de la herencia franquista, la escasez de estímulos institucionales y simbólicos que conviertan la implicación y la participación en el centro de nuestra vida colectiva, la debilidad de los procesos de aprendizaje de una ciudadanía activa y el predominio de una concepción muy procedimental y restrictiva de la democracia que obstaculiza la incorporación de actores no institucionalizados son algunas de las razones que esgrime la literatura especializada para explicar esa ausencia de protagonismo ciudadano. Una carencia aún más significativa en el caso de los jóvenes, porque a todos estos elementos hay que añadir la situación contradictoria en la que se mueven. Por una parte, se les exige demostrar que son ciudadanos responsables, que cumplen con todas sus obligaciones; pero, al tiempo, no se les facilita la adquisición de los recursos y competencias que les permitirían ejercer su condición de ciudadanía, o cuando llegan a hacerlo se

encuentran con una cerrada oposición si esta no se ajusta a los modelos y reglas previstas. El resultado es la escasa relevancia que los jóvenes conceden a la dimensión de la participación en la esfera política, pero no solo a través de los medios más tradicionales, sino también de los más innovadores. Así, en el antes citado sondeo de 2009, el 65% de los jóvenes entrevistados declaró que nunca había enviado mensajes sobre temas políticos a través del móvil o del correo electrónico y que nunca lo haría, y el 59% afirmaba lo mismo respecto a la participación en un foro o grupo de discusión política en Internet.

La limitada predisposición de muchos jóvenes a implicarse activamente en cuestiones políticas es evidente, lo que concuerda con el poco tiempo que, según ellos mismos, dedican a discutir de estos temas con sus amigos, sus compañeros o en casa. Sin embargo, estos datos no deben llevarnos a extraer conclusiones apresuradas sobre la posición que adoptan ante la realidad en la que viven. Porque, si bien no participan —ni quieren hacerlo— en actividades que impliquen asumir y defender públicamente determinadas posiciones políticas, en cambio sí se muestran muy proclives a tomar parte en acciones colectivas de protesta. El activismo de protesta se ha convertido en esta última década en uno de los rasgos más distintivos de la juventud española, alcanzando una magnitud muy superior a la que tiene entre sus coetáneos europeos. Hasta qué punto la inclinación hacia este tipo de acciones colectivas posee una dimensión más proactiva —en tanto que instrumento de construcción de una ciudadanía activa y reivindicativa—, o predomina el componente reactivo —al ser básicamente una forma de hacer llegar a las autoridades la queja o el descontento, sin mayor posibilidad de influencia— es una cuestión difícil de determinar y sobre la que habrá que seguir profundizando. Necesitamos establecer si estas y otras formas de participación, hoy día en ascenso, alteran la pauta predominante de escaso protagonismo juvenil que se percibe tanto en la formulación de sus propias demandas colectivas, como en el lugar que ocupan en la vida pública en su conjunto (Benedicto y López Blasco, 2008).

## 5. ¿UNA CIUDADANÍA DÉBIL? LOS JÓVENES ESPAÑOLES ANTE LA SOCIEDAD ADULTA

El análisis de la percepción de los problemas por parte de los jóvenes y de sus dificultades para politizar sus demandas proporciona claves sugerentes para comprender el modo en que estos entienden y ponen en práctica su propia condición de ciudadanos en el periodo considerado. De una manera muy sintética, la principal conclusión que se extrae de lo expuesto hasta ahora es que entre los jóvenes predomina un tipo de "ciudadanía débil", un calificativo que bien podría extenderse al conjunto de la población adulta pero que, a nuestro juicio, posee determinadas peculiaridades propias de este colectivo. A ellas está dedicado este último apartado.

Para comenzar, hay que recordar, una vez más, que las experiencias de transición juvenil influyen de modo decisivo en la construcción de sus identidades colectivas. Las circunstancias vitales —personales y colectivas— que enmarcan su tránsito hacia el mundo adulto condicionan de forma clara el modo en el que llegan a ser ciudadanos (Benedicto y Morán, 2007), más aún en un entorno como el español caracterizado por la escasez de políticas de juventud dirigidas específicamente a fomentar la autonomía personal y colectiva. Por tanto, aunque no debemos olvidar las significativas diferencias entre los distintos grupos de jóvenes, el incremento general de la vulnerabilidad que experimentaron a lo largo de estos años, y que afectó tanto a sus condiciones de vida como al desarrollo de sus transiciones, dejó su huella en el modo en que entienden su papel en la sociedad.

Sin menospreciar el aumento de las cifras de exclusión social juvenil, lo verdaderamente importante fue la situación de bloqueo de expectativas que se tradujo en sentimientos —pero también en realidades— de pérdida de protagonismo en la vida pública. Así, lo que unió a unos jóvenes muy distintos entre sí fue una difundida percepción de ineficacia personal y colectiva frente a una sociedad adulta que, simplemente, no los

escuchaba, no los tenía en cuenta. La sensación de “estar al margen”, de “no contar”, ha sido una de las constantes de un discurso juvenil que, tampoco debemos olvidarlo, ha tratado de aprovechar algunos de los “beneficios” que podían derivarse de esta situación; en concreto, los que conlleva su resistencia a asumir parte de las responsabilidades que entendían conllevaba la vida adulta. Y aquí habría que mencionar un factor adicional que también ha contribuido a esa debilidad de las bases sobre las que se construye su “nosotros común” como jóvenes ciudadanos. Nos referimos, en concreto, a la práctica total ausencia de sujetos generacionales de referencia; figuras con proyección pública que pudieran haber influido con su ejemplo moral en las actitudes y opiniones juveniles, y en la legitimación de sus preocupaciones colectivas. Por el contrario, durante estos años los principales modelos para la mayoría de los jóvenes fueron los deportistas de éxito y los personajes famosos de la televisión que aparecían, en ambos casos, como el reflejo de una cultura del espectáculo en la que prima lo individual sobre lo colectivo, y el éxito —aunque sea efímero— sobre el trabajo constante.

Como no podía ser de otra manera en un colectivo tan heterogéneo como el juvenil, las identidades ciudadanas resultantes, aun participando de un marco cultural común, presentan matices muy diferentes entre sí. El mayor peso lo tiene la frustración social, y el origen de esta desesperanza, de este *impasse*, es siempre el mismo: los crecientes obstáculos para su autonomía. Pero las consecuencias que se extraen de esta constatación no siempre son similares. En concreto, existen dos concepciones bien distintas sobre su condición de sujetos políticos. La primera de ellas se caracteriza por un pesimismo extremo. Puesto que no se puede hacer nada para que cambie la situación —personal y colectiva—, la única respuesta lógica es un cierto nihilismo, compatible con la búsqueda de soluciones individuales a sus propios problemas, y también con el aprovechamiento de los bienes y servicios públicos a los que consideran tienen derecho en tanto que miembros de la sociedad. Pero

esta misma frustración da lugar a otros discursos de crítica política explícita que, en ocasiones, empujan a la implicación cívica y la acción colectiva. Aunque siempre "desde los márgenes" del sistema, aparece así un discurso político en sentido estricto.

Junto a estos discursos de la frustración social, surgen también otros que inciden en la necesidad de una conciencia y de una responsabilidad colectivas de los jóvenes. Formulan claramente la obligación —moral y política— de preocuparse e implicarse en las cuestiones colectivas; en definitiva, de enfrentarse a las dificultades que se encuentran para convertirse en auténticos sujetos políticos. En la mayoría de estas argumentaciones prima la reinterpretación de lo que es —o debería ser— la política, y se hace hincapié en la necesidad de experimentar con los significados y las formas de insertarse en la vida colectiva. Ahora bien, debemos ser cuidadosos a la hora de inferir que de dichos discursos se derivan en todos los casos unas identidades de ciudadanía activa que los convierten en ciudadanos al menos potencialmente implicados en estos asuntos comunes. Ello es así solo para una minoría de jóvenes, puesto que en la mayoría de los casos el discurso de la responsabilidad se combina con el de la impotencia cívica. Es decir, se subraya la distancia entre el deber ser y la realidad de unos jóvenes conscientes de todos estos problemas, pero incapaces de superar las dificultades para "hacerse oír", para convertirse en actores significativos de la vida pública.

La conclusión a la que se llega, en todos los casos, es similar: la escasa capacidad que tienen los jóvenes para influir en la vida pública; esto es, en el mundo adulto. De ahí que no resulte aventurado sostener que tanto la desafección política como el activismo ciudadano son las dos caras de una misma moneda, expresiones extremas de un sentimiento generalizado de marginalidad y falta de protagonismo. La desafección o el "pasotismo" deben entenderse como una vía de "salida", que suele expresarse con una retórica que, aunque repetida mil veces, suena vacía. En el caso del activismo, la implicación cívica

tiende a situarse real y simbólicamente fuera de los márgenes de la política convencional, desplazándose hacia el ámbito de la solidaridad. Conscientes del carácter minoritario de su activismo —no siempre bien entendido por sus coetáneos— estos grupos de jóvenes se convirtieron a lo largo del periodo estudiado en actores significativos de la renovación de las formas de implicación cívica, al tiempo que fueron capaces de ir generando las redes y condiciones que ayudan a explicar el repunte de la movilización social que ha tenido lugar en España a partir del año 2011.

## NOTAS

\* Jorge Benedicto es catedrático de Sociología de la UNED. Profesor de Sociología Política en el Departamento de Sociología II de la citada universidad. Sus trabajos y publicaciones más recientes abordan las distintas dimensiones de la construcción de la ciudadanía entre los jóvenes. Es codirector del GESP en la UNED. María Luz Morán es catedrática de Sociología en el Departamento de Sociología I de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la UCM. Sus publicaciones e investigaciones tratan sobre elites políticas, cultura política y ciudadanía. Es codirectora del GESP en la UCM.

1. El informe sobre la emancipación juvenil publicado por la FAD en 2012 confirma que a partir del año 2008 se ha producido una caída de la población emancipada entre los 18 y los 34 años ([www.fad.es](http://www.fad.es)).
2. Los Informes sobre la juventud en España, realizados por el INJUVE en 2000, 2004 y 2008, y los de la Fundación Santamaría (2000, 2006 y 2011) constituyen una fuente de información imprescindible sobre estas cuestiones. El análisis que se presenta a continuación está basado en los resultados de estas investigaciones.
3. Para ello empleamos los resultados de tres sondeos del INJUVE realizados en 2002, 2005 y 2008.

## BIBLIOGRAFÍA

- BENEDICTO, J. y LÓPEZ BLASCO, A. (coords.) (2008): "Jóvenes y participación política: investigaciones europeas", *Revista de Estudios de Juventud*, nº 81.
- BENEDICTO, J. y MORÁN, M. L. (2007): "Becoming a Citizen. Analysing the Social Representations of Citizenship among Young People", *European Societies*, v. 9 (4), pp. 601-622.
- (2003): "Los jóvenes. ¿ciudadanos en proyecto?", en Benedicto, J. y Morán, M. L. (eds.), *Aprendiendo a ser ciudadanos*, INJUVE, Madrid, pp. 39-74.
- FORTINO, S., TEJERINA, B., CAVIA, B. y CALDERÓN, J. (2012): *Crise sociale et precarité*, Ed. Cham Social, Paris.

- MORÁN, M. L. (2009): "Los jóvenes y la construcción de su autonomía", en Ruiz Miguel, A. (ed.), *Jóvenes y compromiso ciudadano*, ed. Pablo Iglesias, Madrid, pp. 109-124.
- REQUENA, M. (2006): "Familia, convivencia y dependencia entre los jóvenes españoles", *Panorama Social*, 3, pp. 64-77.
- SPANNING, R., OGRIS, G. y GAISER, W. (eds.) (2008): *Youth and Political Participation in Europe. Results of the comparative study EUYOUPART*, Barbara Budrich Pubs, Opladen & Farmington Hills.